

Adrián J. Sáez

Las letras de las armas: Cervantes y las vidas soldadescas,
Huelva-Universidad de Huelva [Anejos de *Etiópicas*, 14], 2024,
124 pp.

ISBN: 978-84-10326-00-2.

Samuel Parada Juncal

Universidade de Santiago de Compostela
samuelparada.juncal@usc.es

Tres son posiblemente las deudas literarias que el “desocupado lector” —en alegres palabras de don Miguel de Cervantes— advierte cuando se asoma al último trabajo de Adrián J. Sáez, titulado *Las letras de las armas: Cervantes y las vidas soldadescas*. Las dos primeras se infieren a partir de una rápida lectura del sugerente título: resulta imposible no pensar en el capítulo XXXVIII de la primera parte del *Quijote*, que trata sobre el “curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras”. En este sentido, cabría considerar el magisterio cervantino, pues también sirvió como fuente de inspiración a muchos escritores; entre ellos, a Andrés Trapiello, para publicar su afamado ensayo sobre la guerra civil española: *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. La última se halla en la primera página del libro y responde al puño y letra de Arturo Pérez-Reverte; concretamente, al *incipit* de su célebre saga *El capitán Alatriste*: “No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente”. Así, con apenas un par de estocadas —permítaseme el donaire pendenciero—, el profesor Sáez nos presenta una historia de literatura y soldados, con la pluma y espada de Cervantes como instrumentos principales, mediante un evocador retruécano que apunta a la realidad histórica de numerosos escritores auriseculares, la cual podría sintetizarse a través de los elocuentes versos de Garcilaso de la Vega: “hurté de tiempo aquesta breve suma, / tomando ora la espada, ora la pluma” (Égloga III, vv. 39-40).

A modo de pórtico, la obra comienza con un lema bélico perteneciente a la tradición militar española: “¡Santiago y cierra España!: preliminares de batalla” (pp. 11-14). En esta introducción se fija el objetivo principal del estudio: ofrecer “una reorientación de la mirada hacia los relatos soldadescos para proponer una nueva lectura genérica de la obra cervantina de modo panorámico” (p. 11). De esta manera, Sáez postula un análisis biográfico-literario acerca del

subgénero de las vidas soldadescas en la obra de Cervantes; aunque manifiesta que “por muy importante que pueda ser”, no le interesa tanto “la biografía bélica cervantina ni los posibles ecos autobiográficos como el modelo narrativo y retórico que sigue para la narración de las vidas militares”, valorando el progresivo manejo “autónomo y libre del género en cuestión” (p. 12). Esto es, se revela la importancia de una simbiosis entre vida y literatura decantada por el alambique ficcional, que confiere una absoluta autonomía al relato *inmanente*, en terminología de Leo Spitzer.

Tras la sintética introducción, el primer capítulo: “Épica a ras de suelo: las relaciones (o vidas) soldadescas” (pp. 15-34) está dedicado al análisis de este subgénero literario. Sáez arguye que la revolución militar iniciada en el siglo XVI propicia “un giro copernicano por el que soldados de tejas abajo comienzan a contar sus peripecias” (p. 15); es decir, la canónica épica homérica, protagonizada por dioses y héroes inalcanzables —pienso en ejemplos clásicos como Aquiles o Ulises—, se abre a la cotidianidad. Este nuevo género de escritura militar versará sobre combatientes rasos, y las relaciones darán voz “al soldado común de la tropa que habitualmente quedaba a la sombra de héroes y líderes brillantes”, facilitando “una perspectiva a ras de suelo que resulta fundamental para la reconstrucción de la historia militar” (p. 16), pues se realiza desde abajo y no solo desde arriba. Esta nueva modalidad predispone “el surgimiento de una nueva voz narrativa”, dado que, necesariamente, “gana autoridad y legitimidad por la experiencia directa” (p. 17). Por lo tanto, más allá de las vivencias personales, subyace una estética literaria ulterior que entronca con “una cuidada estrategia de *self-fashioning* con diversos grados de elaboración retórica y verdad para ofrecer el mejor retrato posible de cada soldado” (p. 18). En definitiva, la pluralidad y variedad de estos egodocumentos o relatos *de soi même* evidencian la conciencia que en la época se tenía sobre la existencia de este nuevo género autobiográfico, así como de sus particularidades y técnicas literarias más relevantes. En el caso de la obra cervantina, su bagaje militar se aprecia por doquier, por lo que parece necesario trazar “un pequeño panorama a modo de recuento de tropas y textos” (p. 27) antes de inmiscuirse de lleno en sus escritos. De esta manera, se destacan algunas narraciones como el *Quijote*, ciertas novelas ejemplares como *El licenciado Vidriera* o *El casamiento engañoso* y tres comedias (el díptico *El trato de Argel-Los baños de Argel* y *El gallardo español*), amén de otros textos menos fecundos en este aspecto y que aun así insertan determinados guiños soldadescos, como algunas poesías, entremeses o pasajes concretos de *La Galatea* y el *Persiles*. En suma, el grueso de la obra cervantina está repleto de referencias militares que el profesor Sáez identifica de modo convincente.

El segundo capítulo, bajo el rótulo “Crónica de un desengaño: el *curriculum* de Cervantes” (pp. 35-51), aborda las vivencias personales de don Miguel en consonancia con la milicia y ciertos documentos legales; entre ellos, la *Información de Argel* (1580), un texto burocrático parcialmente cervantino “destina-

do para el proceso de súplica que todos los cautivos tenían que realizar a su regreso” (p. 42). El recorrido soldadesco del autor del *Quijote* se asemeja a una auténtica odisea, con viajes navales, enfrentamientos bélicos, victorias, derrotas y un cautiverio en Argel que durará casi cinco años, con sus respectivos intentos de fuga, y que desembocará en un rescate final gracias al sufragio económico de ciertas órdenes religiosas cuya actuación no es menester comentar aquí. En estas páginas, Sáez invita a “mirar la vida de Cervantes con la documentación en la mano y con cuidado para no dejar volar la imaginación de la ficción” (p. 41). Su riguroso examen, a la luz de varios papeles cervantinos, como poemas-dedicatoria, cartas de petición, prólogos y el documento antes mencionado a propósito de su encierro en la capital argelina, sirve para interpretar a Cervantes en relación con su oficio marcial, a pesar de que irónicamente descarte que se trate de un James Bond antiguo. La valoración del escritor como un soldado estimado facilita una construcción de su identidad afín a la carrera militar, cuya percepción acompañará al manco de Lepanto de forma “continuada en el tiempo” (p. 43).

El tercer apartado de la monografía reflexiona sobre la “Vida del capitán Ruy Pérez de Viedma” (pp. 53-68) o, lo que es lo mismo, se aproxima al episodio intercalado del capitán cautivo en la primera parte del *Quijote* (I, 39-41), definido por Sáez como “una vida soldadesca a la manera cervantina” (p. 53). Pese a que Cervantes introduce considerables experiencias biográficas, como la batalla de Lepanto o la prisión en Argel, también da rienda suelta a su imaginación e incorpora distintos acontecimientos ficcionales; entre ellos, la huida con la mora Zoraida por amor y su posterior boda, previa conversión al cristianismo. En realidad, consiste en “un buen botón de muestra de la ingeniosa combinación de historia, folclore y ficción con los recuerdos de un Cervantes escarmenado tras una temporada de cautiverio, las licencias de la poesía y ciertos elementos tradicionales” (p. 55). Además, conviene insistir en la doble condición del protagonista y su permeable ambivalencia entre dos polos opuestos, ya que de *capitán* pasa a *cautivo*. Por último, es necesario hacer hincapié en la cuestión de los géneros, dado que parece oportuno descifrar el hibridismo textual al trasluz del conjunto novelístico. La historia del capitán cautivo, conformada por un mosaico todavía mayor (novela morisca, relatos de cautivos, romancero, historia y autobiografía cervantina), se incluye a su vez en un universo literario (el *Quijote*) que abarca las principales galaxias narrativas del siglo XVI (libros de caballerías, pastores, pícaros, *novelle* al estilo italiano, poesías, epístolas, etc.). En palabras del profesor Sáez, su originalidad estriba en una heterogeneidad “un tanto experimental de peliaguda adscripción genérica” (p. 62), que apuntala mediante una ficción verosímil la vida soldadesca de Cervantes.

De la gran *opera* cervantina pasamos a las *Novelas ejemplares*, en un cuarto capítulo titulado “Historias ejemplares: soldados de novela corta” (pp. 69-85). En este punto, se seleccionan dos narraciones breves: *El licenciado Vidriera* y *El casamiento engañoso*, con una coda final que vincula esta última *novella* con *El*

coloquio de los perros, como es bien sabido. La primera de ellas supone una reflexión bioliteraria de la condición de soldado según las andanzas militares en Italia y Flandes del protagonista, Tomás Rodaja. El personaje principal, presentado como un *quasi-soldier*, experimenta los pros y los contras del oficio miliciano, respondiendo al tópico erasmiano del *dulce bellum inexpertis*. Su locura y posterior desengaño le conducen a la muerte, pero una vez más “el reciclaje de experiencias cervantinas” sirve para ejemplificar “la victoria final de las armas sobre las letras” (p. 75). Junto a esta novela, Sáez comenta las peripecias del alférez Campuzano en *El casamiento engañoso*, en donde se entremezcla la vida soldadesca con una tormentosa relación sentimental y las secuelas de la sífilis. Cervantes juega con la alternancia genérica en torno a la figura de su protagonista, pues combina dos modelos “que permiten deslindar las dos historias en cuestión” (p. 84); esto es, la (auto)biografía del alférez (vida soldadesca) y el casamiento de Campuzano (relato picaresco). Así, se atisban ciertos tintes moralizantes que conjugan dos modelos de conducta, anteriores y posteriores a la prestaciones militares del protagonista. En palabras de Sáez, la novela “se puede ver como una variante humana y verosímil de las vidas militares”, puesto que “presenta tanto sus dificultades personales (cosas del corazón sin aventuras donjuanescas) como su problemática reintegración tras el servicio (con el deseo de una casa *comme il faut*)” (p. 84).

El quinto capítulo cambia el género literario y transita desde la lectura en papel hacia la representación soldadesca sobre las tablas: “La guerra entra en escena: el teatro cervantino” (pp. 87-98). En él son comentadas las comedias más representativas de esta modalidad literaria: *El trato de Argel* (junto a su homóloga *Los baños de Argel*) y *El gallardo español*, así como algunos entremeses, entre los que destaca *La guarda cuidadosa*. Las dos primeras explicitan el tema del encarcelamiento en el país norafricano, que el propio Cervantes padeció en sus propias carnes. Los recuerdos de su malograda vivencia afloran por toda la obra, si bien es cierto que el escritor alcalaíno la somete al tamiz de la ficción, “además de una posible concepción inicial para una representación destinada a recaudar limosna para la redención de cautivos” (p. 88). Con relación a este último asunto, Sáez sugiere dos posibles distinciones, según el objetivo del díptico: “*El trato de Argel* parece una versión para las tablas mientras *Los baños de Argel* tiene toda la pinta de estar más bien pensada para la lectura” (p. 88). *El gallardo español* también se ambienta en el país argelino, concretamente, en la ciudad de Orán, motivo por el cual se la ha relacionado con las dos comedias anteriores. En ella se estima el orgullo fanfarrón de la figura del soldado, representada por don Fernando de Saavedra —apréciese la importancia de la onomástica—, en un contexto heroico que apunta a las rivalidades entre moros y cristianos. Con todo, el profesor Sáez reconoce que “estas comedias no tienen nada de vidas soldadescas, ya que ninguna se centra únicamente en el relato de una biografía militar y mucho menos en primera persona” (p. 91). Aun así, juzga oportuno acercarse a ellas desde esta órbita, “porque son experimentos en

el quicio entre historia y poesía” (p. 91). En última instancia, este estudio teatral remata haciendo una breve cala en el subgénero entremesil, donde se enfatiza el tipo bravucón del militar español, estereotipo expandido por la Europa de los siglos XVI y XVII. Entre las diferentes cuestiones poliédricas que adornan *La guarda cuidadosa* (las armas y las letras, la libertad en la elección del amor, el debate cómico entre el caballero y el clérigo, modelos folclóricos y tradicionales, etc.), Sáez distingue “otro elemento totalmente actual en el contexto sociohistórico que Cervantes conocía a la perfección y que le permite añadir otra dimensión al entremés: la clave está en los papeles de la guarda cuidadosa” (p. 93). De nuevo, la importancia de los legajos soldadescos parece trascendental para interpretar de forma adecuada este género; no obstante, en esta ocasión Cervantes parodia este motivo: el recluta emplea esos documentos para enamorar a Crisnina, por lo que su uso inadecuado deviene en una burla hacia la modalidad de las vidas de soldados, hecho que prueba que en esta pieza de teatro breve “se presenta un ejercicio de denuncia de la autorrepresentación mitificadora del *curriculum* personal del soldado” (p. 97). Es decir, el autor barroco dispone de este tipo de literatura a su antojo, fluctuando entre la vertiente seria y la jocosa, en función de la idiosincrasia del género en el que decide escribir.

Las conclusiones del libro se perciben en el capítulo postrero: “Rasguños de vida final” (pp. 99-101), que sirve a Adrián J. Sáez para certificar su objetivo primordial: abordar el manejo cervantino del género soldadesco “con la idea general de desplazar el foco de la vida a las vidas” (p. 99). En este sentido, la cabal disección de los diferentes textos aducidos desde una perspectiva genérica le permite alcanzar un “análisis del uso de un modelo de escritura a medio camino entre las prácticas burocráticas y las narraciones autobiográficas ficcionales” (p. 99). Esta idea se ratifica con la amena lectura de sus páginas, pues logra evolucionar “desde la vida en los textos” hacia “los textos de vidas” (p. 99). En síntesis, la diversidad de documentos comentados (papeles legales, epístolas, narraciones de diversa índole, comedias y entremeses) anuncia que “Cervantes conoce de cerca el género soldadesco” (p. 100) en distintas facetas (soldado, lector y escritor), por lo que no tiene miedo a ensayarlo “en todas las modalidades disponibles” (p. 100).

Adicionalmente, las más de veinte páginas de “Bibliografía” (pp. 103-124) conforman un indispensable complemento al conjunto del ejemplar. En ellas, se combinan estudios antiguos pero siempre vigentes con aportaciones más actuales. Asimismo, la treintena de trabajos propios acredita la condición de Adrián J. Sáez como uno de los principales cervantistas actuales. A tal efecto, cabría recordar sus ediciones del genio alcalaíno: las *Poesías* (2016), la *Información de Argel* (2019) o los *Entremeses* (2020), todas publicadas por la prestigiosa editorial Cátedra.

Las letras de las armas: Cervantes y las vidas soldadescas se aproxima a una faceta quizá menos conocida de la producción cervantina, pues el escritor auri-secular jamás se avergonzó —más bien, todo lo contrario— de su carrera mili-

tar. A modo de epílogo, recuérdese cómo definió su experiencia en la batalla naval de Lepanto, donde, como es sabido, pierde el uso de la mano izquierda por el impacto de un arcabuzazo: “la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros”. Así, al igual que sucede con la cita de Cervantes, el libro del profesor Sáez también parece una memorabilísima y altísima ocasión para adentrarse en un estudio prolijo que aúna la historia, vida y literatura del autor más reconocido de nuestro país.